

cha en las montañas y la izquierda en el camino real, y de la division Habert, á la izquierda del general Harispe, entre dicho camino y el mar. Detras de estas se formó, en segunda línea, el general Palombini, con parte de la infantería italiana, y el general Boussard, en reserva, con el 13 de coraceros y el 24 de dragones. Al extremo de la derecha, y en la garganta de Sancti-Espíritu, se apostó el general Robert con su reserva y los dragones Napoleon. Y viendo que el enemigo habia reforzado con un extraordinario número de tropas su izquierda, el mariscal creyó debia dejar destacado, y como en reserva, al general Chlopiski, al frente del regimiento 44, á fin de reforzar al general Robert y ocupar al mismo tiempo las crestas de las montañas. Dicho general, pues, quedó de este modo mandando nuestra ala derecha, y con orden de defender á todo riesgo el desfiladero que conduce de Bétera á Gilet. Este era un punto de la mas alta importancia, y que perdido, hubiera perdido no menos la batalla el ejército frances, y verisimilmente todo medio de retirada. Aun para asegurarle mas, el general Compere con sus Napolitanos ocupó Petrés y Gilet, observando el camino de Segorbe.

XVI. No quiso el mariscal dejar á la guarnicion de Sagunto en la creencia, que la batalla

le forzaba á suspender el sitio. Los ingenieros habian logrado alojarse á tres toesas solo del pie de la brecha, y la artillería habia establecido en sus baterías nueve cañones de 24, tres obuses y seis morteros. Dejéronse, pues, en vista del fuerte cuatro batallones italianos y dos del 117, á las órdenes del general Bronikowski. El 25 de octubre, por la mañana, rompieron de nuevo el fuego contra el fuerte nuestras baterías, mientras que á la vista y como á cuatro pasos de alli, esperaba formado y tranquilamente nuestro ejército al español, que venia avanzando contra nosotros. El mariscal se habia adelantado hasta los *Hostalets*, cerca de Puzol, á fin de descubrir mejor los movimientos del enemigo por entre los olivos y garroferos, que cubren, cual si fuera un bosque, aquellas llanuras de una rica y esmerada cultura. Y apenas habia salido de alli, cuando nuestra línea de tiradores, sobre todo el frente, se replegó delante de las divisiones enemigas que continuaban su movimiento. El mariscal observó entonces, sobre la derecha, una alturita redondeada, que como á que se desgaja y separa de las alturas que se ven por delante de Val de Jesus, y que enseorea el terreno donde iba á entrar en combate la division Harispe. Y decidido á ocuparla sin tardanza alguna, dirigióse á galope con los



cincuenta húsares que formaban su escolta, haciendo al mismo tiempo avanzar la division Harispe para que estableciese allí su derecha. Pero antes que nuestra infantería pudiese haber corrido y atravesado el intervalo que la separaba de dicho sitio, los Españoles llegaron con prontitud al pie de la altura, subieron y se apoderaron de ella, sin que nuestros húsares pudieran oponerles una seria resistencia: el enemigo la coronó al momento con alguna artillería.

Poco despues vimos á los Españoles, que nos habian ganado de mano y que se nos habian anticipado sobre dicho punto, avanzar en columnas por el camino real y por Puzol, con una resolucion y un orden cual no hubieran mostrado jamas antes en campo raso. Estos primeros movimientos daban á su ejército, en marcha, una cierta actitud de confianza y de superioridad que parecia precursora del triunfo. Esta fue al menos la impresion que este espectáculo hubo de producir sobre la guarnicion de Sagunto, espectadora ansiosa, desde lo alto de su montaña, de un acontecimiento que iba á decidir de su suerte. Los sitiados creyeron haber llegado ya el momento de su rescate al ver avanzar el ejército de socorro, y le saludaron con gritos de alegría y arrojando al ayre sus morriones, sin tener cuenta con el estrépito de

nuestra artillería que cubria sus voces, y que continuó batiendo sus murallas todo el tiempo que duró la batalla, sin que sus defensores pareciesen inquietarse sobrado por el progreso de la brecha.

Llegado que hubo la division Harispe delante de la altura, la atacó, sin perder minuto, el 7º de línea, en columnas por batallon, y el 116 y 3º del Vístula, desplegados por escalones y á corta distancia á la espalda. La ocupacion de esta alturita era de un grande interes para nosotros, y era necesario ademas que los Franceses comenzasen la batalla con una accion de vigor, despues del arrojó que los Españoles acababan de mostrar. Los generales se pusieron al frente de las columnas, y las tropas montaron sin disparar un tiro y sin correr: la resistencia fue viva, y al llegar á la cima de la altura se empenó un combate sangriento. El general Paris resultó herido gravemente, asi como los ayudantes de campo Peridon y Troquereau: el general Harispe, el coronel Mesclap y muchos otros oficiales perdieron sus caballos en la accion. El valiente regimiento 7º mandado por el mayor Durand, depues de haber sufrido todo el fuego del enemigo, llegó á la cumbre con la bayoneta cruzada, arrolló á los Españoles y los hizo recular y cejar, desordenados, hasta el barranco del *Picador*, y la division Harispe quedó dueña de la posicion.



Entretanto la izquierda de los Españoles se ponía en movimiento contra el general Chlopiski, mientras que, á su derecha, Zayas desembocaba de Puzol, maniobrando al parecer con el objeto de rodear y de adelantarse por nuestra izquierda, á fin de aproximarse á Murviedro. Este esfuerzo simultáneo de las dos alas de Blake, en el momento mismo en que nosotros habíamos conseguido una tal cual ventaja por el centro, decidió al mariscal Suchet á completarla esta y llevarla á cabo, cortando en dos por el medio el ejército enemigo. Contaba con los generales Robert y Chlopiski, y con que sostenrían el ataque en la excelente posición en que estaban colocados. Al general Habert le mandó que contuviese solamente á Zayas, é hizo adelantar al general Palombini que estaba en segunda línea, dejando aun á los coraceros en reserva. Los Españoles, rechazados de la altura, habían sido perseguidos por el general Harispe hasta la llanura; pero bien presto sus tropas se reunieron y mejoraron su formación, hicieron alto á pie firme, y nos atacaron á su vez apoyadas por la caballería de los generales Loy y Caro, y se dirigieron de nuevo hácia la altura para apoderarse de ella. El gefe de escuadron Duchand que mandaba la artillería de la division Harispe, se precipitó al encuentro de las masas de la infantería española y la obligó á

hacer un momento de alto, disparando á metralla. Nuestros húsares quisieron sostenerle, pero el enemigo los cargó y los obligó á retirarse: nuestros artilleros fueron acuchillados y algunas de nuestras piezas cayeron en poder del enemigo. Si nuestra infantería hubiese cedido ó vacilado un momento, este instante de la acción hubiera podido llegar á ser sobrado crítico; pero el 116 cambió muy á propósito de dirección y de frente, y rechazó la carga con un fuego granado bien sostenido y ejecutado con una serenidad verdaderamente militar. El mariscal marcha volando hácia los coraceros, porque sabía bien lo que podía esperar de una reserva de esta naturaleza, y dirigiéndoles la palabra del modo mas análogo á la alta estima que los profesara y á la confianza que tenía en ellos, les trajo á la memoria Margalef y los demas lugares en que su choque había decidido la victoria. Mientras les estaba hablando, una bala vino á herir al mariscal en la espalda; por fortuna la herida no fue grave; permaneció á caballo, y sin perder minuto dirigió al general Boussard contra la caballería española. En este intervalo, el general Palombini, adelantándose por la derecha del camino real, se encontraba ya colocado y en disposición de poder dirigir sus fuegos, y por su espalda, contra esta caballería que se creyera ya victoriosa. Los coraceros



arremetieron contra ella y la arrollaron y acularon contra su infantería, de manera, que no solo recobramos nuestra artillería, si que nos apoderamos de una parte de la del enemigo. Los generales Harispe y Palombini, dirigiéndose siempre por su frente hacia adelante, consumaron la derrota de los Españoles; el centro de Blake fue enteramente rompido, y la caballería se salvó con harta pena, pero muy maltratada; su infantería ademas sufrió una pérdida considerable, sin contar los que rindieron las armas. El general Caro fue herido, y cayó prisionero con un brigadier y otros dos oficiales: durante la accion misma fue presentado al mariscal Suchet, asi que cuatro banderas y cinco piezas que acabábamos de ganar.

Despues de haber inutilizado la combinacion y ataque del enemigo por el centro y rompídole este, el mariscal se ocupó en hacer triunfar igualmente sus dos alas. El general Habert, pues, recibió la orden de atacar á Zayas, quien, aunque aislado despues de la retirada de Lardizabal en el centro, sostuvo un combate porfiado en el cual perdimos un gran número de soldados. El jóven ayudante de campo de Billy perdió un brazo, de resultas de un tiro de la artillería enemiga. El general Habert se apoderó del lugar y posicion de Puzol, destacando contra dicho punto al general Montmarie con el 5º ligero y

el 116, y dirigiéndose él mismo por su frente y en derechura contra el enemigo con un batallon del 117 y un peloton de dragones. Desalojados los Españoles del lugar, se retiraron, dejando en nuestras manos ochocientos prisioneros. El coronel Delort, lanzándose muy á propósito con el grueso de sus dragones por el camino real, persiguió aun de nuevo á los fugitivos, alcanzó la infantería de Lardizabal que acuchilló, y la fue picando hasta la Cartuja, mas allá del barranco del Picador, apoderándose ademas de dos cañones. Zayas entretanto iba marchando hacia las alturas del Puig, en donde el general Blake habia pasado una parte del dia, observando y contemplando desde allí su ejército de un extremo al otro del campo de batalla: en dicho punto habia dejado tambien una reserva de artillería, al mando del brigadier Velasco. Dióse al general Habert la orden de desalojar á Zayas de dichas alturas, contra las cuales marchó el general Montmarie de frente, mientras que el general Palombini se adelantaba por su flanco derecho. El batallon del 117, conducido por el comandante Passelac, llegó hasta la cumbre y se apoderó de la posicion y de cinco piezas de artillería. El general Zayas verificó su retirada hacia el Grao de Valencia, por el camino á orillas del mar.

No habia sido menos feliz por su parte nues-



tra ala derecha. Al principio de la acción, había adelantado la division Obispo por el camino de Náquera, amenazando nuestro flanco, con el objeto de penetrar en el puerto ó desfiladero de Sancti-Espíritu: el general Robert la habia contenido y rechazado diferentes veces. El general Chlopiski se ciñó por el pronto á observar el cuerpo de Mahy y la division de Villacampa, que estaban apostados delante de sus posiciones. Pero cuando vió que se disponian ya á atacarle de frente, formó su infantería en masas, teniendo no menos su caballería dispuesta y pronta á cargar. Observó poco despues, que la infantería española que venia bajando de la altura de los *Germanels*, comenzaba ya á desplegarse en la llanura, y dió la orden de arremeter al coronel Schiazzeti, quien, acompañado del gefe de escuadron Saint-Joseph, ayudante de campo del general en gefe, se lanzó á la cabeza de los dragones italianos, arrolló la vanguardia y se precipitó aun contra la línea enemiga que rompió y desordenó. El general Chlopiski se adelantó al punto á su vez, sin dejar al enemigo tiempo para reunir y formar de nuevo su tropa, una parte de la cual, acuchillada y cortada del grueso, hubo de rendir las armas. Al propio tiempo llegaba el general Harispe por la izquierda, persiguiendo las otras divisiones de O-Donell que habia antes derro-

tado. Este general llamó y reunió á sí la tropa de Chlopiski, y siguió vivamente el alcance al general Mahy, quien con las tropas que habia podido reunir, habia ocupado una posicion mas á la espalda; mas le forzó al fin á abandonar el campo de batalla y á precipitar su retirada hácia Bétera. Nuestra caballería aun pudo llegar á tiempo para obligar á rendir sus armas á algunos batallones enemigos, antes de que pasasen y atravesasen el barranco de Carraixet. El mariscal, despues de haberse hecho curar su herida sobre el campo mismo de batalla, se dirigió en persona, cerrada ya la noche, hácia Bétera, é hizo continuar el alcance al enemigo hasta las diez de la noche, y no reentró en su campo de Sagunto, hasta despues de haber sabido positivamente que todos los cuerpos españoles habian repasado el Guadalaviar. El ejército frances tomó posicion en el Puig, Alvalate y Bétera. Su pérdida total consistió en ciento veinte y ocho muertos y quinientos noventa y seis heridos: el enemigo tuvo como unos mil hombres fuera de combate, sin contar cuatro mil, seiscientos y ochenta y un prisioneros, y entre estos, dos generales, cuarenta oficiales superiores, doscientos treinta subalternos, cuatro banderas, cuatro mil doscientos fusiles, casi todos ingleses, y doce piezas de artillería con sus cajones.

\* Véanse las notas y piezas justificativas, número 24.



Esta jornada parecia haber decidido de la suerte de Sagunto, porque el ejército español no estaba ya en el caso de poder tentar cosa alguna en su auxilio durante un largo período de tiempo, y porque los trabajos del sitio no se habian interrumpido un solo momento. Nuestra artillería habia ensanchado la brecha, y tanto la torre como los flancos que la defendian ofrecian un ancho paso, por el cual hubieran podido montar al asalto muchos hombres de frente á la vez. El mariscal pensó en utilizar el abatimiento en que naturalmente debia de haber caido la guarnicion, en vista del éxito de la batalla, y que despues de lo que habia sufrido ya, acababa de perder la esperanza de poder ser socorrida. El momento, pues, era el mas favorable para ofrecerle una capitulacion.

XVII. El mariscal escribió al gobernador y le propuso rindiese la plaza, anunciándole la derrota de Blake y la imposibilidad en que se veia ya de poder ser socorrido por el ejército español. Propúsole al mismo tiempo que recibiria en su cuartel general á un oficial de la guarnicion, si queria enviarle uno de su confianza, y que podria entrar en relacion con los prisioneros de la víspera, á fin de que se convenciese por sí mismo de la exactitud de los hechos.

Un teniente coronel de artillería bajó á traernos la contestacion del general Andriani; se le

acompañó á casa del general Caro, y se le hicieron ver los prisioneros, las banderas y los cañones. Todas estas pruebas, asi como el testimonio de sus compatriotas, le demostraron sin el menor género de duda el resultado de la batalla perdida. En vista del informe de dicho oficial, el gobernador se decidió á entrar en tratos, y la capitulacion se firmó á las nueve de la noche. A la hora misma, y á la luz de la luna, salió la guarnicion prisionera de guerra, y en conformidad á lo estipulado desfiló por la brecha, cuyo acceso era aun tan difícil, que nuestros zapadores se vieron forzados á hacer una rampa provisional, para que los Españoles pudiesen bajar. Su número ascendia á dos mil, quinientos y setenta y dos hombres. Tomamos, pues, posesion del fuerte, en el cual encontramos diez y siete piezas de artillería, seis banderas, dos mil cuatrocientos fusiles, ochocientos mil cartuchos, diez mil libras de pólvora y algunos víveres y municiones.

Asi terminó el sitio de Sagunto, despues de veinte y un dias de trinchera abierta. Y á pesar de todos los esfuerzos y trabajos del cuerpo de ingenieros y de la artillería, el buen suceso de un tercer asalto era en extremo contingente. La inspeccion de las localidades nos hizo conocer, que no nos habiamos equivocado, ni sobre el punto mas cómodo del ataque, ni sobre la na-



turaléza de las dificultades que aquel presentaba, y aun nos convencimos mas y mas de la realidad de aquellas que solo habiamos podido juzgar desde lejos. La toma de la obra avanzada no nos hubiera asegurado la conquista del reducto, y todo el arte de los ataques, como todo el valor de las tropas hubieran podido estrellarse aun: tal vez este sitio difícil, sin la batalla de Sagunto, no se hubiera terminado de otro modo, que ó por la fatiga ó enfermedades de la guarnición, ó por la falta de víveres. Mas prudente que Henrique O-Donell en Margalef, Blake se habia puesto en movimiento para socorrer la plaza, cuando ya los trabajos del sitio estaban harto adelantados, y habia comprometido á su contrario á maniobrar en un campo de batalla nada ventajoso. La fortuna le fue contraria; pero quedó aun en estado y en posicion de poder defender Valencia con un ejército harto numeroso, bien que debilitado con la pérdida reciente de algunos miles de hombres, y sobre todo, por la del castillo de Sagunto, que llegó á ser un excelente punto de apoyo para el ejército frances.

---

## CAPITULO XV.

( 1811. ) I. Estado del Aragon y de la baja Cataluña, durante el sitio de Sagunto. — II. El ejército no es bastante numeroso para un sitio como el de Valencia. — III. El ejército se establece á la orilla izquierda del Guadalaviar. — IV. Posicion del ejército de Blake sobre la orilla derecha. — V. Estado de defensa de Valencia. — VI. Combates diversos en las provincias de Aragon y de Cataluña. — VII. Envíanse refuerzos á nuestro ejército. — VIII. El general Reille llega con dos divisiones á Segorbe. — IX. Paso del Guadalaviar. — X. Batalla y embestidura de la plaza. — XI. Sitio de Valencia. — XII. Abrese la trinchera. — XIII. Establécense las baterías. — XIV. Ocupacion del campamento atrincherado. — XV. Capitulacion de la ciudad. — XVI. Entrada de los Franceses. — XVII. Llega el general Moutbrun á Almansa. — XVIII. Se acerca á Alicante, y vuelve á marchar. — XIX. El mariscal Suchet recibe el título de Duque de Albufera.

I. Otro de los motivos mas poderosos que habian decidido al mariscal á activar las operaciones delante de Sagunto, era la inquietud y el recelo que le inspiraban el estado y sucesos del Aragon. Se felicitaba de poder ver á Villacampa en línea en el ejército de Blake, sin tener ya que temer sus correrías á su espalda y retaguardia; pero el brigadier Duran y don Juan